

INTRODUCCIÓN

<http://doi.org/10.54354/FYAP7297>

Aparte de Søren Kierkegaard y Hans Christian Andersen, las figuras intelectuales y artísticas de la Edad de Oro danesa son poco o nada conocidas fuera de Escandinavia. Nombres como Heiberg, Martensen o Mynster—o incluso gigantes culturales e inmensamente influyentes como Grundtvig—por lo regular sólo son reconocidos fuera de Dinamarca por su conexión con su contemporáneo más famoso, Kierkegaard, a pesar de que en su momento tuvieron un papel predominante en la cultura de la época. No obstante, un personaje todavía más oscuro y olvidado, incluso por los daneses mismos, es el teólogo islandés Magnús Eiríksson (1806-1881). El importante historiador de la filosofía danesa, Carl Henrik Koch, afirmó en este sentido sobre Eiríksson: “su destino fue no ser escuchado y luego ser rápidamente olvidado”.¹

De forma parecida a Kierkegaard, Eiríksson fue un crítico de la Iglesia danesa y un adversario de importantes figuras eclesiásticas de la época como Hans Lassen Martensen y Nicolai Grundtvig. De cierta manera, fue incluso más radical que el mismo Kierkegaard, pues mientras que las críticas de éste pasaron muchas veces desapercibidas—debido en parte a la sutileza del estilo kierkegaardiano, que no siempre era entendida—los ataques de Eiríksson eran tan directos y feroces que provocaron el rechazo e incluso la hostilidad de las autoridades y los intelectuales. Como Kierkegaard, Eiríksson detestaba el énfasis especulativo de la teología danesa, y no le importaba poner en juego su reputación con tal de que sus críticas dieran en el blanco.

Magnús Eiríksson nació el 21 de junio de 1806 en Skinnalón, Islandia, que en aquel entonces era todavía parte del reino danés. Era el mayor de cinco hijos en una familia rural en el norte de Islandia. Sin embargo, su vocación era de carácter intelectual y su familia le procuró una formación adecuada. Asistió a la Escuela de Latín Bessastaðir, al sur de Reikiavik, de donde se graduó en 1829 con notas sobresalientes. Entonces entró al servicio de Lorentz Angel Krieger (1797-1838), quien era en aquel momento el gobernador de Islandia.

¹ Carl Henrik Koch, “En ihardig kritiker: Magnús Eiríksson,” en su *Den danske idealisme. 1800-1880*, Copenhague: Gyldendal, 2004, p. 298.

Gracias al apoyo de este padrino, Eiríksson obtuvo los recursos para estudiar teología en la Universidad de Copenhague, a la que ingresó en el semestre de 1831-1832, un año después de Kierkegaard. Su principal tema de interés en la Facultad de Teología era la exégesis bíblica, un campo en el que pronto sobresalió. Después de graduarse en 1837, se esperaba que regresara a Islandia para convertirse en pastor, pero, después de una visita breve a su tierra natal, Eiríksson volvió a Copenhague, donde trabajó como tutor privado.

Aunque su reputación intelectual, especialmente como exegeta bíblico, indicaba que Eiríksson pronto encontraría el éxito profesional, éste inició una campaña en contra de la teología especulativa de Martensen, quien era entonces, por así decirlo, el intelectual de moda en la capital danesa. En efecto, Martensen era inmensamente popular no sólo con los alumnos y profesores de la universidad, sino también con las autoridades de la Iglesia. Desafortunadamente para Eiríksson, su controversia con Martensen le cerró muchas puertas tanto en el ámbito académico como en el eclesial. Cada vez le resultaba más difícil encontrar empleo y pronto se encontró en problemas financieros. Llegó incluso a pedirle ayuda económica a Kierkegaard en 1847: “Es verdad”, le escribe Eiríksson, “que el año pasado le solicité un apoyo económico que necesitaba con urgencia sin lograr obtener su empatía y, en consecuencia, usted probablemente no esperaba escuchar de mí otra vez. Pero dado que me encuentro en las mismas dificultades financieras, si no es que mayores [...] he decidido intentarlo nuevamente con usted, pues, después de todo, escrito está que ‘pide y se te dará’”². Kierkegaard le respondió con frialdad: “Usted me pide, lo cual me parece muy natural, que responda en pocas palabras a su muy extensa carta. [...] He aquí mi respuesta: No puedo decir que sí a su solicitud”³.

La posibilidad de obtener un puesto en Islandia también era pequeña, en gran medida debido a la postura crítica de Eiríksson frente a la doctrina eclesial. Aquí encontramos otro paralelismo con Kierkegaard. Como éste, la hostilidad de Eiríksson frente a la Iglesia fue aumentando hacia el final de su vida. Él estaba en contra del giro modernista del cristianismo contemporáneo, el cual ponía un énfasis cada vez mayor en las capacidades del ser humano. Al igual que otros reformadores, Eiríksson aspiraba a volver a una forma de cristianismo más simple, libre y, de forma interesante, más racional. Dicho esto, el teólogo islandés entendía por racionalidad algo distinto a la racionalidad especulativa de inspiración martenseniana. Las

² SKS 28, 370, Brev 245 / LD, 228-229.

³ SKS 28, 372, Brev 246 / LD, 231.

críticas de Eiríksson fueron recibidas con dureza tanto en Dinamarca como en su natal Islandia. En esta desafortunada condición, murió el 3 de julio de 1881. Sus obras tuvieron poco éxito y fue poco leído. Fiel a sus convicciones, prefirió el rechazo y el ostracismo que renunciar a sus creencias.

La obra de Eiríksson, abundante, fue pronto olvidada. Algunos de sus textos principales eran disruptivos y controversiales. En *Sobre los bautistas y el bautismo de niños* (1844), defendía la libertad de creencia y rechazaba las políticas persecutorias de la Iglesia del obispo Mynster. En un texto literario, *Cartas a Clara Raphael* (1851), Eiríksson participó en la discusión contemporánea en torno a la obra de Mathilde Fibiger, y adoptaba la entonces impopular postura a favor de la emancipación de las mujeres. De mayor interés para el lector kierkegaardiano, Eiríksson fue también crítico con relación a varios aspectos del pensamiento de Kierkegaard. En su *¿Podemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos?* (1879), examina y cuestiona la moral cristiana que aparece en *Obras del amor*. Por último, en el tratado *¿La fe es una paradoja y “en virtud del absurdo”?*, el teólogo islandés, de acuerdo con sus peculiares convicciones racionalistas, intenta refutar la noción de fe presentada por los seudónimos Johannes de Silentio (*Temor y temblor*) y Johannes Climacus (*Postscriptum*). Kierkegaard redactó una respuesta, pero nunca la publicó.

Esta conexión entre Eiríksson y Kierkegaard es precisamente el tema que Gerhard Schreiber explora en su artículo “Pasaje a la divinidad. La racionalidad de la fe en Magnús Eiríksson”, que el lector encontrará en la presente edición de *Textos y contextos*. Podría argumentarse que Schreiber es uno de los principales especialistas en Eiríksson en el mundo, y su trabajo constituye quizá el mayor esfuerzo en la actualidad para salvar al escritor islandés de este olvido poco merecido.

Nassim Bravo